

¿Quién podría ser Neoliberal?*

Andrés Monares**

Resumen: En su reflexión, Andrés Monares se hace las preguntas de fondo respecto de los argumentos éticos, económicos e incluso religiosos que justifican el rechazo al neoliberalismo. Recurriendo a la pregunta de ¿quién puede ser neoliberal?, recorre los diferentes aspectos de esta doctrina, adentrándose en sus orígenes como parte de una teología protestante, y su posterior transformación en ideología económica y social.

Palabras clave: neoliberalismo, religión, economía, crisis.

Abstract: In his reflection, Andrés Monares makes himself the questions about the ethical, economic and even religious arguments that justify the rejection to neoliberalism. Resorting to the question of who can be neoliberal?, it crosses the different aspects of this doctrine, entering itself in its origins as a part of a protestant theology, and its later transformation into an economic and social ideology.

Keywords: neoliberalism, religion, economy, crisis.

* * *

Pareciera ya una característica nacional la mala memoria y la candidez cuando se habla del modelo socioeconómico en el cual vivimos. Mala memoria por haber olvidado cómo llegamos a un sistema de libre mercado. Candidez por creer que no lo es simplemente porque nos lo dicen.

Para empezar por el tema de la memoria, se debe recordar que a raíz del golpe de estado de 1973, se dio paso a la “extirpación del cáncer marxista” y a la “refundación nacional”. En ese proceso *criminal-burocrático*, los militares terminaron implementando lo que hoy se conoce como Neoliberalismo: la economía de *libre mercado* o de *mercado autorregulado*. Siendo ya esa ideología una concepción de por sí extrema, la dictadura optó para Chile por una de sus vertientes más radicales: la de Milton Friedmann. En el fondo, el autor actualiza el *capitalismo salvaje* de fines del siglo XVIII y sobretodo del XIX. Sólo que ahora con una pequeña cuota de humanidad o, técnicamente hablando, de *subsidiariedad* para con los más pobres.

Nuestro país, históricamente tierra de ensayos sociopolíticos y económicos foráneos, fue otra isla propicia para los insólitos experimentos de ese nuevo Doctor Moreau de Chicago (cuyos resultados no distan mucho de los del perturbado personaje de la novela de H. G. Wells). De hecho, Pinochet pasará a la historia –fuera de por sus crímenes– por haber aplicado un modelo -a tal grado extremo- que, sólo años después de duro trabajo propagandístico, pudo ser materializado en países democráticos por vías no violentas. Esa fue la tarea que con posterioridad llevaron a cabo Margaret Thatcher en Inglaterra y Ronald Reagan en Estados Unidos.

Pero también habíamos hablado de candidez (la cual, se dice, tendría otro nombre luego de cumplidos los quince años). Ella nos viene primero de creerle a la propaganda del gobierno de Pinochet que nos decía que se había implantado una economía *social* de mercado y hasta un capitalismo *popular*. Retornada la democracia, el tema entró en una especie de nebulosa. Los partidos de la Concertación fueron olvidando tanto su oposición al modelo socioeconómico neoliberal durante la dictadura, como sus promesas de cambiarlo una vez recuperada la democracia. De forma cada vez menos solapada, no sólo continuaron aplicándolo, sino hasta lo llegaron a celebrar. Desde su extraño *centroizquierdismo*, todos estos años en que han tenido el poder han desechado las críticas al sistema por populistas, utópicas o pasadas de moda. Lo lamentable ha sido que lograron validar el neoliberalismo radical de Friedmann a tal punto en la opinión pública, que llegó a ser inaceptable cualquier revisión; incluso las liberales moderadas¹.

No obstante, al estudiar el neoliberalismo a partir de sus fundamentos, surge una perspectiva muy diferente. Esa actualización del Liberalismo es un desarrollo *secularizado* de la teología del reformador francés Juan Calvino. Es decir, de una doctrina religiosa cristiana de carácter ultrateocéntrico. Desde fines del siglo XVI, primero los filósofos ilustrados británicos y luego los continentales, trabajaron para elaborar una serie de sistemas fundados en esa teología.; los cuales, a su vez, intentaban demostrar su veracidad y racionalidad.

Específicamente en lo que hoy se denomina Economía, esa fue la labor del moralista presbiteriano escocés Adam Smith. Éste, como parte de la tradición empirista puritana o del calvinismo británico, describió cómo su todopoderoso dios establecía el devenir de las sociedades y luego lo realizaba él mismo mediante su providencia. El autor explicó mediante su famoso concepto de *mano invisible* esa acción divina que buscaba llevar a cabo su designio utilitario de procreación y multiplicación (*Génesis* 1, 28). Dicho concepto nunca fue una metáfora ni un giro estilístico, sino una designación consciente y acorde con la piadosa filosofía británica de la época.

Sobre esos fundamentos fideístas, que necesitaban de una actividad productivo-comercial autónoma para no entorpecer la acción providencial, se levantó todo un andamiaje técnico: la moderna Economía *científica*. Y junto a ella, para legitimarla en el terreno de las ideas y posibilitarla en la práctica, una concepción filosófica, jurídica y política que postuló la no-intervención de la autonomía individual sobre la base de la inalienabilidad de los derechos inherentes. Sobre todo, debía estar libre de coerción externa el aspecto que desde la teoría es el más importante: los derechos económicos. Su relevancia radica en que constituyen el medio para cumplir la voluntad divina de procreación y multiplicación.

Parte de ese designio es el predestinar, desde la eternidad, a una mayoría para la condenación y a una minoría para la salvación eterna. A pesar de que dios habría decretado la obligación universal de procrear y multiplicarse, se podría decir que prefirió que sus elegidos obtengan los mejores medios para hacerlo en mejores condiciones. La riqueza de esos pocos es signo de la elección divina, la cual reparte los bienes de este mundo de manera desigual por su insondable justicia. De ahí que las diferencias socioeconómicas entre capitalistas y trabajadores no puedan ser alteradas sin atentar contra el orden de dios.

Al comprender entonces que el neoliberalismo se originó y fue desarrollado con posterioridad asumiendo como principios *profanos* la lógica derivada de dogmas religiosos, los cuales explicaban cómo la divinidad gobierna lo productivo-comercial y dispone la autonomía de dicho ámbito para mantener su voluntad de una desigual condición material de la humanidad, ¿podría acaso un *ateo* ser neoliberal?

De lo expuesto, se puede ver que se está en presencia de un asunto el cual, en primer lugar, atañe a los cristianos. Mas, el problema que se presenta a los creyentes tampoco es menor cuando se constata que el neoliberalismo propone la ganancia de dinero como fin de lo individual y social. Al dársele una relevancia absoluta a lo productivo-comercial en su sentido lucrativo, todo el resto de las actividades sociales e individuales quedan en segundo plano y en función suya. De esa manera, se tiene que el lucro reemplaza al Dios cristiano como meta de la vida humana.

En este punto, hay que aclarar que nunca el devoto Smith hubiera propuesto algo así. Sin embargo, cuando planteó que las personas por naturaleza buscan su ganancia para dar cumplimiento al designio divino de procreación y multiplicación, dejó limpio el camino para que ese objetivo fuera *secularizado* y situado como fin absoluto. Primero el liberalismo profanado y después el neoliberalismo, destronaron al Dios cristiano para rendir culto al ídolo del dinero.

Luego, para empeorar las opciones que el neoliberalismo entrega a un cristiano devoto, se eliminó la noción de prójimo y la hermandad del género humano con sus obligaciones recíprocas. Ya no hay más que competidores, productores, oferentes o demandantes; quienes no tienen por qué tomar en cuenta o preocuparse por otros aspectos de las demás personas o de sus comunidades fuera del monetario. En un insólito giro ético, se reemplazó al bien como meta y motor de la conducta por el mal: el egoísmo. Éste, si no es intervenido, logrará autónoma y automáticamente la riqueza, que el neoliberalismo considera como el bien y la felicidad.

Al comprender entonces que el neoliberalismo ha terminado dejando de lado a Dios por las riquezas materiales, eliminando la hermandad universal consecuencia del llamado Nuevo Pacto, confundiendo y reemplazando el vicio con la virtud al proponer al mal como conducta deseada, ¿podría acaso un *cristiano* ser neoliberal?

Precisamente, esa búsqueda de riqueza como fin absoluto ha dado lugar a la instrumentalización de las personas. Por mucho que se diga que el neoliberalismo busca un mejoramiento general de la calidad de vida a través del incentivo lucrativo, se debe comprender cabalmente esa proposición y su lógica de fondo. Al partir de la base que los seres humanos son egoístas por naturaleza y sólo buscan su propio

bienestar, se nos dice que la persecución de lucro no puede hacerse sin ayuda o participación de otras personas. Quien emprende una tarea productivo-comercial –al buscar su ganancia individual– requerirá emplear trabajadores, comprar materias primas producidas por terceros, pagar medios de transporte, etc. Su egoísmo tendrá una consecuencia benéfica para el resto al *repartir*, incluso de manera inconsciente y hasta contra su voluntad, parte de su dinero. Lo cual en economía se denomina *chorreo* y es el *único* medio de distribución del ingreso aceptado por el neoliberalismo.

Con todo, el fin último del proceso productivo-comercial es la ganancia. Que a raíz de su persecución se beneficien en algún grado otros, no deja de significar que la meta absoluta sea el lucro. De esa manera, se puede concluir que las personas son consideradas por el sistema como simples medios para la producción de riqueza. No debe extrañar entonces la franqueza con que en la actualidad se define a los trabajadores como *recursos humanos*; **siendo un recurso un objeto que está hecho para ser explotado**. Por insólito que parezca, cuando se tiene en cuenta que el capitalismo occidental se desarrolló primeramente como una ética del trabajo, el neoliberalismo ha hecho que pase a ser una *externalidad* de la búsqueda de lucro. Es una cuestión que no estaba en las intenciones de quien perseguía ganancias².

Las personas son factores productivos con valor de uso y cambio; meras herramientas o cosas para producir dinero. De ahí que el trabajo, inseparable del ser humano que lo ejecuta, sea considerado, junto a su realizador, como una *mercancía* y tenga un precio: el salario. En esa lógica es que se habla de un mercado libre del trabajo: un mercado donde se transan seres humanos según la oferta y la demanda de su labor. De hecho, ¡esta es la manera para determinar la cantidad *necesaria* de trabajadores! Si la demanda de seres humanos crece, subirá el valor del trabajo y al aliviar su situación material, los trabajadores tendrán más hijos. Por el contrario, si la demanda de seres humanos baja, al disminuir el valor del trabajo no procrearán más hijos (o morirán la mitad de los hijos de los fecundos matrimonios, como decía Adam Smith) y no aumentará el número de trabajadores. Como ocurre con cualquier mercancía, así se equilibra el precio y el *stock* de seres humanos que laboran por un salario.

Al comprender entonces que para el neoliberalismo las personas son simples medios al servicio del lucro, siendo definido el ser humano como un instrumento o una mercancía, despojándolo así de su dignidad, ¿podría acaso un *humanista* ser neoliberal?

Ahora bien, ya desde el siglo XIX los principios aquí expuestos se los ha venido vistiendo con ropajes científicos. Primero, con el naturalismo fruto de los planteamientos de los evolucionistas sociales; después con las matemáticas y la formulación de leyes de la conducta. Los evolucionistas sociales, basados en algunas observaciones y conclusiones sacadas del ámbito de los seres no humanos, pretendieron unificar a todas las criaturas bajo categorías biológicas. Sin pretender negar aquí la condición animal de la humanidad, ni rebajar los conocimientos biológicos, se deben hacer algunos alcances respecto de tal concepción.

La mirada naturalista no nace ni de la biología ni de la ciencia en general. Ella surge de la interpretación que primeramente hicieron los filósofos ilustrados británicos de la teología calvinista. Para el reformador, el ser humano es gobernado por la providencia divina a través de medios. El empleado por dios es la *naturaleza* con la cual determinó a sus *creaturas*; que para el caso humano es su naturaleza racional. Ese es el origen y el carácter de las teorías naturalistas. Lo que harán luego los continuadores de esta tradición en el siglo XIX, es describir con lenguaje *técnico* y adornar con un pseudo empirismo su propia creencia en los dogmas calvinistas. Tanto Herbert Spencer como Charles Darwin, en los ámbitos social humano y en el del resto de las *creaturas* vivientes respectivamente, aceptan y aplican de forma consciente que la naturaleza de cada ser vivo y la selección natural son medios providenciales.

Ese fundamento naturalista de origen teológico, será asumido por los economistas modernos como una base científica. Extraviándose con la terminología académica y con las declaraciones de intención empíricas, desarrollarán, a partir de ese principio dogmático religioso, todo un andamiaje técnico, matemático e incluso legalista (al modo de la Física). Valiéndose de esos falsos principios científicos, se han atrincherado en los argumentos de autoridad: si nadie en sus cabales puede alegar la injusticia de la ley de gravedad, ¿por qué alguien podría desvariar haciéndolo con las leyes de mercado?

Creando probar la veracidad de su teoría, sólo han demostrado su validez en los específicos ámbitos contruidos a partir de ella. En una sociedad en que el *estatus* lo determina el dinero y donde, al haber sido destruidos los nexos sociales y aisladas las personas al punto de no tener más opción que el individualismo, los neoliberales han creído demostrar la realidad del *hombre económico* y hasta leyes de

la conducta derivadas del egoísmo. Como han encontrado precisamente lo que estaban buscando, luego de erigir el escenario propicio para hacerlo, afirman la condición científica de la Economía moderna y la validez de sus leyes.

Al comprender entonces que el neoliberalismo tiene fundamentos no empíricos y que sus principios son meras convenciones, acuerdos surgidos de una profunda fe y/o de una visión simplista y parcial de la realidad, todo lo cual se ha pretendido hacer pasar por técnico utilizando un lenguaje *ad hoc*, ¿podría acaso un “científico” ser neoliberal?

Ese hombre económico cuya meta y motor conductual es el egoísmo para conseguir riqueza individual, es dividido por el neoliberalismo en dos clases. Como ya vimos, una de ellas es la de los trabajadores asalariados (las *personas-medios de producción*) y la otra es la de los capitalistas. Al plantear la teoría la necesidad de la no-intervención de esa tendencia egoísta, para no hacer fracasar o entorpecer la actividad productivo-comercial –y, por ende, la benéfica meta de la supervivencia de la sociedad–, se declara el imperativo del respeto de los derechos económicos. Paradójicamente, es el Estado quien interviene construyendo un marco legal que los protege de las coacciones e intervenciones externas... ¡en especial del Estado!

Dicha premisa filosófico-jurídica del respeto de los derechos, tiene una importante especificación. El sistema hace depender –por definición– a los trabajadores de los dueños del capital para estar ocupados laboralmente, recibir un salario y sobrevivir. Lo cual ya vimos era para el neoliberalismo el *único* medio válido de distribuir la riqueza: el *chorreo* desde los ricos a los demás. Por tanto, al asumir ese principio, se termina asumiendo también como *obvia* la necesidad de facilitar las actividades de los empresarios, para que en su búsqueda individual y egoísta de lucro, creen puestos de trabajo y produzcan los bienes y servicios que requiere la sociedad. Al aceptar tales premisas para conseguir el bien común –que dan toda la iniciativa a los capitalistas y deja en obligada expectativa al resto– se hace necesaria una *discriminación hiperpositiva* a favor de los capitalistas y empresarios. Como decía Pinochet: “hay que cuidar a los ricos”.

De ese modo, desde las convenciones ideológicas (que también tienen un componente religioso pues, como ya se vio, dios favorecería a sus elegidos con la riqueza y coartar su egoísmo sería coartar el plan divino) se establece un esquema valórico que legitima la desigualdad de derechos. Y, lo que es peor, ¡una legalidad que la establece como marco jurídico obligatorio! Así, por ejemplo, los ricos deben pagar la menor cantidad posible de impuestos, los empresarios no deben ser perjudicados con leyes laborales o el Estado debe defenderlos ante conflictos en el extranjero. Mientras, no se cuestiona que los ciudadanos *comunes* deban pagar sus impuestos, que casi no gocen de derechos laborales o que sus problemas sean definidos por el Estado como conflictos entre privados.

Asimismo, debe también quedar claro el giro que ha dado, en la actualidad, el neoliberalismo con respecto a su origen en el viejo liberalismo. La primaria ideología burguesa para burgueses establecía privilegios para la pequeña y mediana burguesía; sin considerar al resto del pueblo en igualdad de condiciones políticas, sociales ni económicas. Posteriormente, el neoliberalismo radicalizó la exclusión al dejar fuera del sistema de privilegios a esos pequeños y medianos burgueses-empresarios en favor de la gran empresa y –sobretudo– de las transnacionales. ¡Ni que hablar del resto de la población!

Con el pretexto de conseguir la justicia mediante una injusticia (nos dicen) momentánea, se ha creado una nueva clase aún más favorecida, menos numerosa y mucho más rica. De hecho, sea por falta de regulación o por explícita voluntad política del Estado, se permite que los grandes agentes económicos interfieran los derechos económicos de los demás miembros de la sociedad y atenten contra el propio libre mercado al actuar desde su posición dominante como cárteles u oligopolios. ¡Se ha *corrompido* el principio de no-intervención del mercado en nombre del libre mercado y asentado así la desigualdad extrema como norma!

Al comprender entonces que el neoliberalismo sobre privilegia descaradamente a un pequeño grupo –el cual tampoco es para nada indefenso– implantando la extrema desigualdad social, política y económica no sólo como norma valórica legítima, sino hasta de manera legal, ¿podría acaso un *demócrata* ser neoliberal?

Ya sabemos que la libertad del mercado se legitima porque las conductas derivadas del ansia de lucro deben poder desenvolverse sin trabas. En ese contexto no intervenido, los deseos egoístas de

oferentes y demandantes terminarán organizando la producción, lo comercial y determinando los precios de forma óptima. El productor producirá lo que se demande a mayor valor y el comprador demandará el producto que represente mejor la ecuación calidad-precio. Nadie producirá o venderá lo que nadie quiera; sino justamente lo que se demande. Si aumentase la oferta y -por ende- bajara la ganancia, el ansia de lucro incentivará a buscar otros nichos para lucrar y así sucesivamente.

Ese equilibrio dinámico (concepto que Smith toma de Newton) se consigue por la oferta y la demanda de productos sobre la base del *dinero*. El deseo de maximizar las ganancias y minimizar las pérdidas, dará lugar a que todos los recursos sean asignados de la mejor forma posible. Como ningún hombre económico querrá perder, buscará *siempre* satisfacer a los demandantes *efectivos*. Es decir, a los que pueden pagar por las mercancías. En cambio, quienes no tengan dinero para hacer efectiva su demanda, no serán satisfechos en sus necesidades por el mercado. Éste no funciona para la demanda absoluta, no cubre las necesidades de los pobres; sólo la de los demandantes; los que tienen dinero.

Esa naturaleza excluyente del sistema de mercado imaginado por Smith, se acentuó con la tendencia científicista que, ya vimos, tomaron los economistas. Para que la Economía accediera al estatus de ciencia, era imprescindible contar con una unidad de medida para objetivizar la teoría. Aunque Smith propuso al trabajo como unidad de medida constante, se prefirió luego lo que para él era sólo el valor *nominal* del trabajo: el dinero. De ese modo, la disciplina de los intercambios adquirió la condición de cuantitativa; pudo -por fin- medir o conocer y ser ciencia. El problema es que obviamente la medición se limita a ponderar lo mensurable; en este caso, el dinero. Por lo cual no cuenta, no existe, todo aquel que no lo posee, no lo produce o no lo recibe. Y ya sabemos cómo se llaman aquellas personas: pobres³.

La solución técnica del neoliberalismo, no humanitaria, fue que se debía subsidiar a esa gente miserable para que pudieran participar del mercado, ser productivos, ser medidos o *existir*. De esa forma, podían subir a la categoría de pobres y, dado que en esa nueva clase no recibirán ninguna prestación social por no ser parte de los deberes del Estado subsidiario neoliberal, por necesidad pasarán a ser mano de obra barata. Pues, como veremos luego, su situación y el sistema no les dejan mucho margen para negociar un trabajo, sus condiciones y su salario.

Al comprender entonces que el neoliberalismo hace desaparecer técnicamente a millones de personas del mundo, porque la Economía de libre mercado es una disciplina y una institución elaborada sólo para quienes tienen dinero, ¿podría acaso un *pobre* ser neoliberal?

Si se toma en cuenta la discriminación hiperpositiva hacia los ricos, en general, y la frágil situación de las masas, se devela la verdadera condición de quienes trabajan a cambio de un salario. Al partir del principio de no-intervención de la creación de riqueza -que como obra del libre mercado producirá trabajo o los medios de subsistencia de las clases bajas y medias-, la discriminación hiperpositiva establece un principio nefasto para los asalariados: nunca ganarán más de lo necesario para sobrevivir. Hasta allí llega el nivel de redistribución del ingreso que se puede esperar del chorreo. El capitalista, como hombre económico, gana dinero para acumularlo y reinvertirlo; mientras el trabajador, aunque también sería un hombre económico, sólo gana una cantidad que le permite no morir de hambre⁴.

Hoy se habla de un sueldo mínimo por motivos humanitarios: lo mínimo para permitir la supervivencia de los trabajadores. Por mucho que suene exagerado, debe recordarse que el salario fija el límite del derecho a la vida: sobre la base de esa cifra es que las personas subsisten. Esa propuesta ya la había realizado, por motivos nada altruistas, David Ricardo al hablar del precio *natural* del trabajo (¿el deseado y determinado por Dios?): aquel que permite a la raza de trabajadores sobrevivir sin disminuir ni aumentar su número. En otras palabras, el valor del trabajo o salario preciso para mantener un *stock* de trabajadores necesarios para que el capitalista produzca y logre lucrar. El natural egoísmo humano preferirá siempre el propio bienestar al de los otros: entonces, ¿por qué pagar más, perdiendo la oportunidad de ganar más? Asimismo, ¿por qué pagar más si los pobres trabajarán por lo que sea? La idea declarada de Ricardo era, al mantener a los trabajadores necesitados de aceptar cualquier pago que fijara el capitalista, controlarlos a través del miedo al hambre.

Esa descarnada propuesta sigue en pie en la Economía neoliberal. Se la expresa asépticamente en términos tecnocráticos, al afirmar como axioma que la subida de salarios baja la inversión al desincentivar al empresario o capitalista (otra razón que se aduce es que de subirse los salarios habrá inflación). Por último, debe recordarse que toda esta palabrería con disfraz técnico es amparada por una legalidad que desprotege a los trabajadores y por las propias prácticas antisindicales de las empresas.

Pero, sobre todo, por un contexto de necesidad que en la práctica obliga a someterse a las condiciones de trabajo precario ofrecidas.

Por otra parte, si tomamos en cuenta que esos trabajadores son a su vez consumidores, se presenta otro problema más. Se debe recordar que el neoliberalismo, al dismantelar el Estado, hizo (casi) desaparecer los servicios públicos –que eran gratuitos por ser derechos ciudadanos– y dio lugar a la mercantilización de (casi) todos los bienes y servicios; incluidos la salud, la vivienda y la educación. En ese marco mercantilizado, toda empresa buscará la mayor ganancia posible y trasladará en el valor al consumidor la mayor cantidad posible de sus costos. Los precios de los productos nunca bajarán mientras sean fijados por la pretensión de ganancia de los empresarios; por mucho que nos digan que lo hacen las fuerzas anónimas del mercado. Al contrario, tenderán siempre a subir hasta el nivel de equilibrio entre el más alto precio y la no pérdida de un número significativo de compradores. Todo lo cual ocurre en un marco de salarios constantemente bajos, de discriminación hiperpositiva de carácter legal en pro de las empresas, de altísimos niveles de concentración económica (que durante el actual gobierno *socialista* se han elevado como nunca) y de desprotección de los consumidores.

Al comprender entonces que el neoliberalismo determina por principio que los trabajadores asalariados nunca podrán obtener un sueldo más alto que el necesario para sobrevivir y que los precios de los bienes y servicios mercantilizados siempre buscarán ser subidos o mantenidos lo más alto posible, ¿podría acaso un *trabajador asalariado* ser neoliberal?

A estas alturas, uno podría preguntarse cómo o por qué todas las situaciones aquí descritas son aceptadas e incluso propiciadas por los representantes del pueblo, por los políticos. Más allá de la actual tendencia a despreciarlos –que ha tenido como consecuencia que los mismos se mantengan en sus cargos al bajar la participación política y al no existir una opinión pública fuerte–, es válido plantearse cómo nuestros representantes han llegado a no representarnos. Es más, ¡a sostener ufanos que son tan valientes, conscientes o maduros que, a sabiendas, toman decisiones que nos perjudican!

Para ello, de nuevo hemos de volver a los fundamentos del neoliberalismo. Una vez que se aceptó como verdadero el dogma de la dirección providencial de la humanidad a través de su naturaleza y los ilustrados lo expresaron en términos *filosóficos*, se estableció lo que hemos llamado el naturalismo-providencial. Se tuvo por cierto que las características inherentes de la humanidad eran su instinto y la tendencia natural a lo material, derivada de aquel.

Ese fue puntualmente el trabajo pionero realizado por John Locke. Su *racionalismo* no es más que una forma de explicar (*comprobar* diría él) como el dios calvinista gobernaría a cada persona y a las sociedades usando como medio al entendimiento: la *voz de Dios* dentro de cada cual. Esa voz, precisamente, dirigiría la tendencia a lo material para lograr la supervivencia. Por más extraño que pueda sonar, el entendimiento no sería más que una reacción mental, un instinto racional utilitario de origen divino y que se manifiesta por la constante intervención providencial.

Asumida la tendencia natural materialista de la humanidad, se dio el paso siguiente. La disciplina que debía preocuparse de sus asuntos por ser la que correspondía a su verdadera esencia, obviamente debía ser aquella que trataba de los instintos y, específicamente, de los materiales o utilitarios: la Economía. Con ello, la vieja Política greco-medieval, la disciplina de los seres racionales que buscan reflexiva y conscientemente el bien de la *polis*, no era más que una fantasía inconsistente. Una serie de disposiciones y teorías para seres que nunca habían existido, ni existirían jamás.

Cuando la Economía pasó a ser la disciplina gobernadora, la Política quedó relegada a un segundo plano de orden técnico. De ahora en más, sólo debía procurar establecer un marco legal que fomentara los aspectos instintivo-materiales (lo productivo-comercial) para que se desarrollaran de la mejor manera posible y sin trabas. El Estado, el Estado liberal, quedó condenado a ser un mero espectador de los asuntos entre los privados, empujado y con escaso poder. Años más tarde, sobretodo al reaccionar frente a los *Estados de bienestar* fuertes e interventores, el neoliberalismo radicalizará aquella postura. La nueva y extraña *política* neoliberal pugnará por limitar al Estado prácticamente a un legislativo, un sistema judicial, una milicia que proteja la actividad económica y a una pequeña burocracia que entregue algunos subsidios a los miserables. Por qué y para qué tener otro tipo de Estado si –como dijera una Margaret Thatcher ebria de individualismo– la sociedad no existe.

Al comprender entonces que el neoliberalismo propone un Estado y una acción política limitada a custodiar el capital, facilitar la acumulación por parte de un pequeño grupo privilegiado y no a buscar

activa y racionalmente el bien común de toda la población, ¿podría acaso un *político* o cualquiera que crea en la acción política ser neoliberal?

Una vez asentado el neoliberalismo en la legalidad y en la opinión pública de las naciones, se ha buscado implantarlo a escala planetaria —con lo cual se lo refuerza a nivel interno de cada país— echando mano al concepto de *globalización*⁵. Se nos ha querido convencer que estamos insertos en un proceso autónomo, natural, de conformación de una cultura mundial, de un sincretismo integrador. Mas, de nuevo, la falacia del discurso queda descubierta al constatar que es una etiqueta propagandística para disfrazar la generalización del modelo neoliberal y la homogeneización de las culturas para servir a su meta lucrativa. En cualquier manual de modernización se puede leer explícitamente que es necesario cambiar o alterar las culturas tradicionales para transformarlas o modernizarlas. Deben ser funcionales al proyecto de un gran mercado libre planetario. El cual, como se puede constatar, no tiene nada de libre ni de autorregulado al ser dirigido por las transnacionales y las instituciones *técnicas* que, como el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio o el Banco Mundial, velan por sus intereses.

La oposición a ese tipo de globalización ha sido atacada por los liberales como nacionalismo, fundamentalismo, hasta como una forma de xenofobia. Pero, no es una oposición a la integración cultural, al libre movimiento de las personas, ni siquiera a los intercambios comerciales internacionales. La crítica es a que sea desde el marco del libre mercado y para sus fines. No queremos esa mundialización que manifiesta la necesidad de asimilación en sus términos, sin debates democráticos, sin participación. Además, la globalización neoliberal viene mostrando hace años su poder para explotar a los pueblos del sur, dominarlos, acrecentar su dependencia económica y hacerlos perder su cultura por la imposición de otra que implica principios ajenos, extraños y, sobretodo, de un explícito carácter excluyente.

Al comprender entonces que el neoliberalismo necesita hacer desaparecer las culturas que no le son útiles y que es una doctrina imperialista que pugna por conformar un mercado mundial en pro de una minoría a costa del bienestar y dignidad de las grandes mayorías, sobretodo de los países del sur, ¿podría acaso un *tercer mundista* y/o un *latinoamericano* ser neoliberal?

Después de todo lo que aquí se ha dicho, todavía alguien podría estar de acuerdo con el neoliberalismo y no sentirse perjudicado por las consecuencias que pudiera tener en su vida. Es el momento entonces de considerar su impacto sobre el planeta, de lo cual nadie puede escapar. Para ello, debemos volver de nuevo a Adam Smith. Según él, el trabajo es el único origen de la riqueza de una nación. Un país es rico o pobre dependiendo del producto del trabajo de sus habitantes; y, esa condición no tiene que ver con el tipo el suelo, el clima y la extensión de su territorio. El filósofo moral escocés, como buen moderno, concibe a los humanos *fuera* del mundo natural y deja a éste reducido a una especie de emporio de materias primas.

Más allá de que por tradición ideológica la naturaleza no sea una cuestión importante, de igual modo tendrá un rol económico. En esa lógica será obvio que a los recursos naturales utilizados en la producción, se les otorgue un valor de mercado en tanto mercancías y propiedad privada. Como también quedarán insertas en la persecución del lucro máximo, se dará lugar a su aprovechamiento máximo. Luego, sobretodo en el siglo XX, el crecimiento demográfico, las necesidades de consumo de la cultura occidental y su capacidad de explotación se incrementará de forma nunca antes vista. En ese marco, la lucha por el lucro conllevará resultados nefastos para la naturaleza y sus componentes: desertificación, extinción de especies, contaminación, aumento del efecto invernadero, cambios climáticos, etc. Luego de años de sobreexplotación de la naturaleza en el marco de la tradición moderna de despreocupación por ella, finalmente se llegó a los niveles críticos en que nos encontramos. No podía ser de otra forma al buscar la Economía neoliberal el crecimiento máximo como principio: ¡pretende el crecimiento infinito en un mundo finito!

Al comprender entonces que el neoliberalismo sólo toma en cuenta al medio ambiente y a sus componentes no humanos como fuente de recursos y materias primas respectivamente, y que por la lógica del afán de lucro máximo no trepida en atentar gravemente contra el equilibrio de la naturaleza y en ese proceso poner en serio peligro, destruir parte significativa o toda la vida sobre el planeta incluida la humana, ¿podría acaso cualquier *persona* ser neoliberal?

Cuando se conocen los aspectos teórico-prácticos del neoliberalismo y/o se sufren en carne propia sus consecuencias, queda la duda de quién podría acusar de resentido social a cualquiera que se oponga a

sus injusticias o quién podría afirmar que esas situaciones son en realidad fruto de la propia desidia de los pobres y marginados. Pues, ambas posturas dejan en evidencian tanto la ignorancia de esos aspectos teórico-prácticos, como la calidad humana de quien observa impasible las condiciones de vida de las personas afectadas por aquellos. Es pertinente preguntarse quién podría adherir sinceramente a una concepción como la aquí descrita y respaldar sus negativas consecuencias en la mayor parte de la población del planeta ¿Seguiría defendiéndola si él mismo sufriera las indignidades de la cesantía, la desigualdad, la falta de oportunidades o –el problema por excelencia del libre mercado– el trabajo precario?

A principios del siglo XXI, a pesar de lo obvio que puede parecer rechazar el neoliberalismo, igual queda la sensación que los grupos de poder ligados a él han logrado asentar su posición. El vacío cliché de que las instituciones funcionan se ha vuelto cierto. Sólo que funcionan para materializar el neoliberalismo y para que, una vez instaurado, sea extremadamente difícil, sino imposible volver atrás⁶. En los últimos años, esa tarea la han realizado en Chile quienes sin pudor se hacen llamar de izquierda o con el símil descafeinado de *progresistas*; cuando ni siquiera son socialdemócratas. Mientras siguen aplicando políticas neoliberales, han terminado reemplazado los anhelos y las políticas de justicia social por peroratas denostando la pobreza. Tal vez a eso se limita su proyecto: construir, al menos discursivamente, un neoliberalismo de *rostro humano*.

El problema que se les presenta a estos aprendices de brujo, es que han sido desmentidos por sus propios maestros del norte. Un reciente estudio del Banco Mundial confeccionó un ranking de la desigualdad del ingreso entre ricos y pobres considerando 127 países: ¡Chile resultó ser la *decimosexta* nación con mayor desigualdad! (de las quince naciones restantes, siete son latinoamericanas y ocho africanas). Con días de diferencia, en otro ranking elaborado por el Foro Económico Mundial, esta vez Chile ocupó el *primer* lugar entre 117 países en cuanto al buen manejo macroeconómico. Es decir, aunque llevamos más de tres décadas siendo alumnos modelo del neoliberalismo, no se ha producido la igualdad prometida por el funcionamiento automático del mercado. El sistema logra un enriquecimiento de las élites al nivel de país desarrollado y, por medio del chorreo, una distribución a la gran masa a los niveles de África. Y, claramente, no es por una mala o insuficiente aplicación del modelo. Como se ha visto aquí, es por su propia lógica.

Por eso mismo, sigue siendo un deber moral denunciar las consecuencias del sistema y aclarar las semi-verdades/semi-mentiras publicitadas por los neoliberales para legitimar en la opinión pública hasta lo groseramente ilegítimo. Sigue siendo un deber y no sólo una estrategia, abrir el debate por más que los neoliberales hayan implantado un pensamiento único y con ello imposibilitado cualquier progreso surgido de la discusión. Por más que hayan satanizado la disidencia caricaturizándola de ciega y fanática⁷.

Muchos de quienes nos oponemos al neoliberalismo y al sistema social, político y económico que materializa, creemos que se puede desarrollar un proyecto de sociedad desde fundamentos profanos o religiosos sin perder la espiritualidad ni caer en la intolerancia. Creemos en la dignidad humana y la defendemos como valor central. Creemos que las ciencias y la tecnología pueden cooperar a elaborar condiciones de vida dignas para todos. Creemos posible la edificación de una sociedad solidaria que termine con la desigualdad extrema. Creemos en la necesidad de re-construir una economía que considere a todas las personas y sus necesidades fundamentales y donde prime el valor del trabajo y de los trabajadores. Creemos en la vida política racional y participativa para debatir y solucionar nuestros problemas. Creemos en la unidad de todas las naciones que por años han sido sojuzgadas en América Latina, y el resto del Tercer Mundo, para materializar nuestros propios proyectos y relacionarnos con el mundo desde nuestra cultura. Creemos en formas sustentables de desarrollo económico, que no afecten la calidad de vida de las personas, ni destruyan el medio ambiente, ni a otros seres vivos.

Esas esperanzas no son una mera declaración de intenciones. Son una hoja de ruta para avanzar en acciones concretas de pedagogía, de difusión, de organización y de acción política. Porque la especificidad de los seres humanos yace en la capacidad de hacer variar sus formas de vida. Al contrario de otros animales que están determinados instintivamente, no tienen por qué limitarse por generaciones a ser simples espectadores de un orden social injusto. Estamos conscientes de que tenemos razones legítimas y argumentos válidos. Por eso, al considerar todo lo hasta aquí expuesto y la diversidad de personas que tienen razones fundadas para oponerse al neoliberalismo, somos nosotros los que preguntamos extrañados: ¡Quién podría ser neoliberal!

Notas

* Este artículo se escribió en base a la alocución del autor con ocasión del acto de lanzamiento de su libro *Reforma e Ilustración. Los teólogos que construyeron la Modernidad*, Editorial Universidad Bolivariana, el 19 de agosto de 2005.

** Antropólogo. Investigador del Centro de Estudios de la Modernidad desde América Latina y profesor del Área de Humanidades de la Escuela de Ingeniería y Ciencias de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile.

¹ Un ejemplo de ello fue la discusión por el posible cobro de derechos de explotación (*royalty*) a las mineras. Aunque hasta los economistas clásicos los aceptaban por concepto de *renta de la tierra* y es una cuestión normal y obvia en cualquier país liberal cobrar alrededor de un 14%, en Chile se lo rechazó bajo el mañoso argumento de no cargar con *impuestos* a las empresas. Al final se aprobó una ley con cobros muy menores, la cual permite cancelar cifras aún más pequeñas valiéndose de tecnicismos e incluso no pagar nada.

² De ese giro es que el neoliberalismo posicionó al capitalismo financiero por sobre el directamente productivo: la inmensa mayoría de los capitales financieros mundiales se utilizan en la especulación y no en la producción de bienes y servicios. Las transnacionales, por los niveles de inversión que conllevan, han tomado preeminencia ante las pequeñas y medianas empresas que son las que producen la mayoría de los puestos de trabajo. Las grandes empresas resultan ser más productivas y menos riesgosas por su valor accionario que por su actividad productiva.

³ No tomar en cuenta, no *ver* a parte importante de lo social, es una extremadamente seria falencia de una disciplina que aspira a ser ciencia y específicamente social. Es tan impresentable como si la Geología sólo considerara un par de cadenas montañosas.

⁴ Se calcula en más del 35% los trabajadores que en Chile ni siquiera tendrán acceso a pensiones mínimas, pues sus bajos sueldos no les alcanzan para cotizar lo suficiente. Justamente ese nivel de salarios, que hace a los productos nacionales competitivos en el exterior, permite grandes ganancias al empresariado (por algo ya se empiezan a oír acusaciones de *dumping* laboral). Ante el exiguo nivel de entradas de los sectores medios y populares, la salida que se vislumbró para permitir el consumo y reproducir el sistema fue la generalización del *crédito*. Como muestran las elevadas ganancias de la banca en los últimos años, esa estrategia también resultó ser un fructífero negocio.

⁵ Esa es la lógica de los tratados de libre comercio, los cuales además de mundializar el sistema dejan la legalidad interna de una nación por debajo de las disposiciones y artículos de los tratados. Es decir, la protección legal de los ciudadanos se elimina o queda en función del fomento de la actividad productivo-comercial de las empresas. Aberración que también implica pérdida de soberanía.

⁶ Tómesese en cuenta el caso de las privatizaciones de empresas públicas y la dificultad de que ellas vuelvan a manos del Estado por las complicaciones legales de una expropiación y por las exorbitantes cantidades de dinero que se requerirían para re-comprarlas.

⁷ Por mucho que entre los opositores al neoliberalismo se encuentren diversas posturas, al menos aquí no se propugna una que pretenda hacer tabla rasa o caiga en el maniqueísmo. Es evidente, por ejemplo, la diferencia entre un individualismo radical y la iniciativa individual que persigue metas benignas; entre la búsqueda egoísta del lucro sin cumplir ninguna función social y la búsqueda de ganancias monetarias como pago por la función de cooperar al bienestar de los demás; entre el comercio abusivo y el intercambio con resultados satisfactorios para todos los implicados; o que toda competencia de por sí sea mala y que todo lo colectivo en sí sea bueno.